

de Filipos, libertada por San Pablo, que proporcionaba á sus amos tan grandes ganancias, descubriendo las cosas ocultas y secretas (*Act. xvi, 16*)? ¿Qué enfermedad les sobrevino tan de pronto á aquellos animales, de que acabamos de hablar, que todos se precipitaron en el mar, etc.? Cuando se forman sistemas, es preciso explicar todos los fenómenos; de otra suerte los sistemas quedan convencidos de falsos, y el inventor se acredita de un espíritu débil, temerario, é inconsequente¹.

320. *P.* Si las *posesiones* de los espíritus malignos referidas en el Evangelio son verdaderas, ¿cómo es que despues han cesado, y no se ven tales endemoniados? ¿no hay razon para decir que no los hubo, pues vemos que no los hay ya? ¿porqué estas posesiones del demonio han de verificarse solo en los tiempos bárbaros?

R. 1º Aun cuando efectivamente ya no hubiese *pos-*
diosos de la felicidad del hombre, cuya existencia es incontestable (*Véase el numero 318*), estén en una inaccion continua, y no procuren hacerle todo el daño que Dios les permita?

1 Estas breves observaciones bastan para destruir à *fundamentis* las aseeriones del médico inglés Mead, acerca de los endemoniados curados por Jesucristo. Lo mas extraño es, que el autor dice y protesta que cree al Evangelio; pues si lo cree en efecto, ¿no dice el Evangelio que tal y tal enfermedad era obra del espíritu maligno? Importa poco que la tal enfermedad pueda ser tambien natural, si la verdad divina nos asegura que en aquel caso no lo era. El lenguaje insidioso y falso que Mead atribuye á Jesucristo y á los Apóstoles en una materia tan grave, es una imputacion sacrilega y absurda, que todo buen cristiano hallará suficientemente refutada con solo reflexionar en ello.... Mead impugnando el poder del demonio, no ha conocido siquiera el estado de la cuestion. *Nadie se persuadirá jamás*, dice él, *que Dios haya concedido á los demonios poder para atormentar á los hombres á su arbitrio*. Mas ¿quién ha dicho, ni pensado jamás que *los demonios atormentan á los hombres á su arbitrio*? Los atormentan lo que Dios les permite, y la extension de este permiso tiene otras reglas que *su arbitrio, gusto ó voluntad*. Se han demostrado ya los errores de Mead sobre esta materia en una obra publicada en Lóndres en 1775, casa de Rivington, titulada: *A dissertation on the demoniacs*; y en una *Coleccion de observaciones sobre diversos puntos interesantes*, dada á luz con el titulo de: *Conversaciones del Papa Ganganelli*, en Amberes, 1777. Véase el *Diario hist. y liter.* de 1º de abril de 1778, p. 483.

sesos, no seria por eso menos cierto que los hubo. ¿Con qué se ha de negar un hecho, porque este ya no se repite, ó no se repite continuamente? Pues bien: ¿diremos que no hubo peste en Cádiz el 1800, porque hoy no la hay? No habrá habido lepra, ni fuego sacro, ó de San Anton, porque hoy no se dan estas enfermedades: por la misma razon, ó en sentido inverso, diremos tambien, que no hay viruelas hoy, porque antes no sabemos que las hubiese.

2º Es falso, falsísimo, que hayan desaparecido los endemoniados desde el siglo del Evangelio. San Paulino (*in Vita S. Felicis*) testifica haber visto con sus mismos ojos á un endemoniado caminar cabeza abajo por la bóveda de una iglesia, sin que sus vestidos se descompusiesen, el cual fué librado con las reliquias de San Felix de Nola. Lo mismo refiere hablando de las reliquias de San Martin. Y ciertamente que San Paulino no era un charlatan, ni un visionario. «Yo mismo he visto, dice » Sulpicio Severo, á un hombre, que al acercarse las » reliquias de San Martin, se levantó en el aire, y quedó » suspenso con los brazos extendidos, sin que sus piés » tocasen á la tierra. » Estas no son historias apócrifas, ó rumores de cosas, que se han oido decir; son cosas vistas por testigos, y testigos de tanta monta. Se podrian multiplicar estos ejemplos, pero no adelantáramos mas con gentes decididas á negar todo lo que no se conforma con sus ideas.

3º Aun es mas falso, que no se han visto endemoniados sino en los siglos de barbarie. Jesucristo vino al mundo en el famoso siglo de Augusto. Los Apóstoles San Pedro y San Pablo vivieron en el mismo, libertaron á varios *poscidos*, y confundieron magos; como nos testifican los sagrados Libros. Voltaire asegura, que no ha habido *magos*, ni *posesos* en los siglos cultos; las Escrituras dicen lo contrario: ¿á quién debemos creer, y dar la preferencia? Quien hará mas fuerza, y tendrá mayor autoridad, ¿nuestros Libros divinos, ó Voltaire?

320. *P.* ¿Pues cómo es que en estos últimos siglos no se ven ya endemoniados, ni *posesos*?

R. No los ven, ni saben de ellos los que no leen, y se contentan con declamar sin consultar á los hechos.

Fernel (*cart. de Dom. la Taste, cart. 14, n. 49*), y Ambrosio Paré, médicos famosos, nos refieren el caso de un poseído, que hablaba el griego y el latín sin haber aprendido estas lenguas; debiéndose observar, que Paré era protestante. M. de La Cour, misionero en la Cochinchina, afirma haber visto á un energúmeno, que no habia aprendido otra lengua que la del país, y respondia correctísimamente á las preguntas que le hacia el misionero en todas las lenguas que sabia (*carta á M. de Winslow, doctor médico de París*)¹. El citado La Cour vió al mismo energúmeno trasladarse en un abrir y cerrar de ojos al cielo de la iglesia, los piés hácia arriba. — Desde que se introdujo la moda de negar los energúmenos, y la magia, es extraño que nuestros filósofos no se hayan tomado el trabajo de refutar la actas del proceso formado por el parlamento de París el 1682 contra los pastores de Pacy en Brie, el cual puede leerse en el *tratado de las prácticas supersticiosas* del P. Le-Brun. Estas actas citadas por Bergier en la *Certidumbre de las pruebas del Cristianismo*, han quedado tambien sin respuesta en los *Consejos racionales*. — Recomendamos á todo el que no esté preocupado, que lea la historia de algunos casos referidos por el P. Lavat, y probados con todo lo que puede autorizar completamente la certeza de un suceso; y principalmente las operaciones de un negrillo, que el autor refiere con su ingenuidad ordinaria. — El sabio jesuíta Federico Spe de Langenfeld, el primero que, en sentir de Leibnitz, ha dado luces á los tribunales sobre la jurisprudencia criminal relativamente á los hechiceros, y magia, refutando los errores populares sobre esta materia, afirma, que la existencia de la magia es incontestable². El célebre M. Haen ha establecido recientemente lo mismo en una obra cristiana y

¹ Erasmo y Pomponacio nos dicen con toda seriedad, que naturalmente se pueden saber lenguas que no se han aprendido. Hay opiniones que no merecen otra refutación que el recordar el dicho de Tulio: *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum* (I. de divin.), cuya confirmacion son.

² Id omnino tenendum existimo, in mundo maleficos aliquos esse, nec id sine temeritate, ac præposteri judicii notá negari posse. *Cautio criminalis de procesibus contra sagas*. Francofurti 1632.

demasiado sabia, para que no se hubiese atraído los sarcasmos é injurias de los filósofos¹.

322. P. Á lo menos ¿no es preciso confesar que en nuestros dias los *endemoniados*, y esas otras operaciones diabólicas, son muy raras, y que apenas se habla de magos y sortilegios?

R. 1º No es de extrañar que en los tiempos de ignorancia se multiplicasen las imposturas de esta especie, y que se haya disminuido su número juntamente con el de las gentes crédulas.

2º No nos debe admirar tampoco que en los primeros siglos del Cristianismo hubiese mayor número de endemoniados que hoy. Dios lo permite así, porque el poder de los cristianos sobre los demonios debia ser una de las pruebas mas aptas para hacer impresión en los gentiles. Despues de la extincion de la Idolatría, estamos persuadidos que el imperio del demonio está debilitado, conforme á la promesa de Jesucristo: *Princeps hujus mundi jam judicatus est: Princeps hujus mundi ejicietur foras* (Joan. xvi, 12); y que sin un permiso particular y extraordinario de Dios, el Demonio no puede tener poder alguno sobre los cristianos consagrados al Señor por el bautismo, y santificados por su gracia: pero esto no quita que ellos obren todavía, aunque mas débilmente, y con menos estrépito que antes²; á la manera de

¹ *Antonii de Haen S. C. R. A. Majestati á consiliis, et archiatrí, etc. de Magia liber*. Venetijs 1775. Este tratado, aunque en lo sustancial solidísimo, podria estar escrito con mayor precision, nervio y orden; pero es preciso no juzgarle por lo que dicen de él las *Memorias literarias* de M. Goulin. La idea que da de él aquel médico de Reims, se resiente del espíritu dominante del siglo; bier que él se refuta á sí mismo en las *Correcciones* con una contradiccion singular, y la mas eficaz para disminuir la autoridad de su juicio.

² Principalmente contra los cristianos tibios, y poco atentos á armarse contra él con el escudo de la fe; reflexion que ya hacia en su tiempo San Agustin, el cual no ereia que el imperio del demonio se hubiese acabado, respecto de estos hombres tan poco dignos de gozar del triunfo de Jesucristo: Sed diu et aliquis: Si alligatus est, quomodo adhuc tantum prævalet? Verum est, fratres charissimi, quia multum prævalet; sed tepidis, et negligentibus, et Deum in veritate non timentibus dominatur. Alligatus est enim tanquam innexus

aquellos príncipes destronados, y arrojados de sus Estados, que no dejan de hacer de tiempo en tiempo sus esfuerzos y tentativas para volver á entrar en ellos.

3º Pues que nuestros filósofos no rehusan citar algunas veces á M. de Saint-Evremont, se lo citaremos tambien nosotros. Este hombre, en muchas cosas bastante juicioso, decia : *que si el demonio se mostrase visiblemente en el mundo, destruiria la incredulidad*. El demonio gusta mucho de la ignorancia y las tinieblas; y mas bien se oculta y guarece, digámoslo así, entre los salvajes, que entre los hombres cultos; experiencia, que vemos acreditada con innumerables testimonios. « Si el diablo se » dejase ver frecuentemente, dice el conde Oxenstrin, » ciertamente no habria tantos impíos. El que quiere » cazar, se oculta lo mejor que puede, para no ser visto¹ » y conocido. » — Los ignorantes son supersticiosos, los eruditos superficiales, incrédulos; y el demonio encuentra la suya en manifestarse á los unos, y ocultarse á los otros. « Para hacer caer mas seguramente en el error, » dice Tomás Brown (*Errores populares*, t. 1, p. 83), » célebre autor, y médico inglés, el Demonio ha persuadido á los hombres, que él es un sér imaginario, y así » los adormece en una falsa seguridad, les hace concebir » dudas sobre los premios y penas de la otra vida; y aun » titubear sobre la inmortalidad del alma; porque los » que pretenden que no hay sustancias puramente espirituales, mucho menos creeran que sus almas deban » subsistir despues de separadas de sus cuerpos. »

4º Las operaciones del Demonio parecen menos fre-

canis catenis, et neminem potest morderere, nisi eum, qui se illi mortifera securitate conjunxerit. *Aug. serm. 197, de tempore.*

1 He visto operaciones mágicas, contestadas como tales, por todo lo que puede formar la plena certeza de un hecho, desmentirse precisamente cuando iban á adquirir aquel grado de publicidad y evidencia, que hubiera reducido á la nada la filosofía del siglo. Un solo efecto sobrenatural trastorna enteramente toda el edificio del Materialismo. Dios, que por razones conformes á su justicia y sabiduría, permite la ceguedad de los hombres vanos y soberbios, y que los deja y abandona en ella por las mismas razones, permite ó detiene la accion de los espíritus invisibles, segun los tiempos y circunstancias.

cuentas de lo que realmente lo son, porque se está ya decidido á no reconocerlas. ¿Cuántas enfermedades, y sucesos se tienen por puramente naturales, en los cuales sin embargo este espíritu maligno, activo, inquieto, vigilante no deja de tener parte¹? El modo de pensar de este siglo no concuerda mucho con esta clase de reflexiones; pero tampoco con el modo de pensar que tuvieron los santos Padres, ni los santos Apóstoles, ni generalmente con los otros autores sagrados; ni aun el de los filósofos mas sabios, y despreocupados de opiniones vulgares.

§ 5.

323. *P.* Entre todos los milagros de Jesucristo, ¿cuál es el mas decisivo, y mas incontestable?

R. El de su Resurreccion. Es imposible examinar sus pruebas sin quedar evidentemente convencido de su verdad.

324. *P.* ¿Cómo, ó porqué manera decis que la Resurreccion de Jesus está al abrigo de cualquiera suplantación, y que puede presentarse con toda claridad?

R. Porque está probada por el testimonio de sus amigos, el de sus enemigos, y de todo el mundo entero. ¿Qué mas se puede exigir? no hay, ni ha habido suceso mas bien testificado y comprobado.

325. *P.* ¿El testimonio de los amigos puede formar prueba en favor de la Resurreccion? Los amigos por lo comun se recusan.

R. Se recusan cuando son pura y simplemente amigos, y su testimonio, testimonio de amistad: pero el testimonio de los Apóstoles y discípulos de Jesucristo es un testimonio de amigos, pero amigos tales, que su deposicion es mas decisiva que la de los mismos enemigos. El carácter de todos los amigos, segun la reflexion de San Juan Crisóstomo, por mas fieles, apasionados, é íntimos que nos hayan sido durante la vida, es olvidarnos poco á poco luego que faltamos; y buscarse otras amistades, y conexiones: pero en los Apóstoles vemos una conducta diferente, y contraria en un todo á lo que comunmente

¹ Véase la reflexion de Bossuet, citada en el núm. 319.

sucede en las afecciones y amistades humanas. Unos hombres, que no se atrevían á declararse por discípulos y amigos, mientras su maestro Jesus vivía, hacia prodigios, era respetado y admirado en Israel: unos hombres, que le abandonan, y aún le niegan á la menor sombra de peligro, y desamparan enteramente al aproximarse su muerte; y luego que muere le son tan adictos, y se declaran con tanta intrepidez por suyos, que quieren morir por él; ni pretenden, ni desean otra cosa mas que depóner en su obsequio; ni trabajan, se afanan, ni fatigan, sino con la mira y esperanza de obtener la muerte; ¿qué clase de amigos tan singular es esta? ¿Cuándo se ha visto una cosa semejante? ¿Qué puede objetarse contra su testimonio? ¿Qué interés atribuir á su deposicion? ¿Cómo recusarla? No busqueis, dice muy bien San Juan Crisóstomo, ni preguntéis la razon de este fenómeno: le habian visto resucitado, y visto de modo que no podian dudar de ello: esta es la razon y explicacion de la conducta al parecer tan contradictoria de los Apóstoles.

326. P. ¿Pues de qué modo vieron los Apóstoles á Jesucristo resucitado, qué no podian dudar de la realidad de su resurreccion? ¿En qué términos ó disposicion le vieron, que no podian persuadirse que en ello pudiese intervenir ilusion, prevencion, ó prestigio en lo que veian, ó creían ver?

R. Porque apuraron todos los medios, y razones que podia haber de dudar, no les quedó lugar á duda alguna. Hemos sido demasiado circunspectos, decia San Juan, demasiado delicados en creer que nuestro Maestro habia resucitado; y nuestra solicitud demasiada en convencernos de ello por el testimonio de los sentidos, se acercó mucho á una incredulidad vituperable: no contentos con oírle y verle, le tocamos con nuestras manos, metimos nuestros dedos en los agujeros de sus llagas: nuestras manos concurrieron con nuestros ojos y oídos, para convencernos finalmente y hacénnoslo creer, y disipar toda duda: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod percipimus, et manus nostre contractaverunt de verbo vita.* (I Joan. 1, 1.) Los que no se conyencieron sino de este modo, no pudieron conyencer tampoco á los demás sino por los mismos me-

dios, y empleando las mismas pruebas. — El sepulcro abierto, la tumba vacia, los guardias puestos en fuga, los Ángeles, que se aparecen, y anuncian la admirable resurreccion, no les basta: despues de todo esto, aun tratan de locura y vision un suceso, cuyo cumplimiento les habia predicho tantas veces su divino Maestro, y al cual les remitía siempre como al mas importante de todos los oráculos: *Visa sunt ante illos sicut deliramentum verba ista, et non crediderunt.* (Luc. xxiv.) — Ni es uno solo, dos, ó algunos discípulos tampoco, los que le ven, y han visto; son además de los Apóstoles, mas de quinientos discípulos juntos y reunidos en un solo lugar; todos ellos le ven; y á su testimonio, como de personas que aun vivían, remitía el Apóstol San Pablo en la carta á los Corintios: *Visus est plusquam quingentis fratribus simul, ex quibus multi manent usque adhuc.* (I Cor. xv.) Ni es una vez sola la que le han visto, son muchas, y repetidas: ni esta vista es de paso, y como de un relámpago, sino vistas en que hablan, tratan y conversan con él detenidamente: *Nobis; qui manducavimus, et bibimus cum ipso postquam resurrexit à mortuis* (Act. x).

327. P. Está bien: mas aun cuando los Discípulos del Salvador no hayan sido engañados, ni podido serlo; ¿quién nos asegura que ellos no hayan querido engañarnos? ¿no tenían algun interés, miras ó razones políticas para hacer creer como resucitado á un hombre, que no lo estaba realmente?

R. ¡Interés! ¡razones políticas! Todo lo contrario debería decirse. ¿Qué miras ni razones pueden atribuírseles? ¿Qué les sucedió sino, por haber creído y publicado la resurreccion de Jesucristo? ¿Qué interés temporal les vino por ello? Persecuciones, trabajos, la muerte. Hé aquí sus utilidades temporales: sufrir, padecer, morir; pero nada en verdad que no hubiesen previsto, de que no hubiesen hecho prueba y experiencia varias veces, y que no hubiesen podido evitar dejando de publicar esta resurreccion admirable. Insultos, tormentos, cadenas, prisiones, eran el fruto de su constancia en este testimonio. Entre las granizadas de piedras, bajo el filo de la espada homicida; entre los horrores y som-

bras de la muerte, han persistido en su deposición ¹. Testimonios pues que tanto cuestan, y están puestos á pruebas tan bárbaras y crueles, no pueden decirse dados por intereses humanos. En lugar de creer que los Discípulos de Jesucristo han osado publicar una resurrección imaginaria, ¿deberíamos más bien admirarnos de que no hubiesen ocultado una verdadera? En verdad yo creo á testigos, que en defensa de su fe se dejan degollar.

328. *P.* ¿Y qué respondieron los *enemigos* del Salvador á la declaración de los Apóstoles?

R. Todo el furor de los Judíos contra el Hijo de Dios, y toda la incredulidad de los Gentiles, no pudieron imaginar una razón, siquiera plausible, para ocultar la verdad de este memorable acontecimiento; y con la manifiesta imposibilidad de negar la resurrección del Salvador de los hombres, le han dado el más grande testimonio. ¿Quién creería que se hubiesen visto reducidos á decir, que los Discípulos habían robado su cuerpo á presencia de los guardias, que estaban durmiendo? Pues efectivamente eso es á lo que se vieron reducidos; y este cuento, por más absurdo que apareciese, es la única respuesta que podían dar los Judíos. No es esto una cosa que el Evangelista levante de su cabeza, y les atribuya sin fundamento: en los tiempos de San Agustín esta era la única respuesta que daban, y esta misma es la que únicamente dan aun los desgraciados restos de ese pueblo fugitivo. No se podía negar la muerte de Jesucristo: el género de suplicio, el corazón atravesado con una lanza, los innumerables testigos, que le habían visto espirar, no dejaban duda alguna de ello. Los Apóstoles empiezan á predicar, y predicar por todas partes, y en la misma ciudad de Jerusalem, que ha resucitado: era lo más fácil del mundo refutarlos y confundirlos presentando el cuerpo del difunto, el cual se había tenido la precaución de hacerle guardar con soldados. Pero este cuerpo ¿dónde está? Ha desaparecido... ¿Cómo? ¿En qué manera? ¿Qué se ha de decir, qué hacer en tal

¹ Es constante que los Apóstoles murieron por testificar esta resurrección. Véase despues el art. 4, § I.

coyuntura? Poner el còlmo á la impiedad con una extravagancia, un delirio: insultar á la razón del hombre, despues de haber profanado los derechos de Dios. Le han quitado, dicen. — ¿Pero quiénes? — Los discípulos. — Los discípulos, que pocas horas antes habían huido cobardemente? ¿que no se atrevían ni aun á dejarse ver de los enemigos de su Maestro? Los discípulos, que temblaban á la voz de una mozueta, habían tenido valor de asaltar un cuerpo de guardia, para quitar y llevarse el cuerpo de un hombre que los habría miserablemente engañado, si no resucitaba?... Pero estas guardias ¿qué se hacían cuando llegaron los Apóstoles? ¿Ó dormían cuando fueron, ó no dormían. Si no dormían, ¿cómo los Apóstoles pudieron llevarse el cuerpo? Y si estaban durmiendo, ¿cómo saben que han sido ellos los que se le han llevado? ¿Cómo saben lo que ha pasado durante su sueño? ¿Quién ha citado hasta ahora á un dormido para dar testimonio de lo que pasó mientras él estaba durmiendo? es preciso, dice ingeniosamente San Agustín, que el inventor de esta fábula estólida estuviese más dormido que los mismos testigos que produce. *Verè tu ipse obdormisti, qui scrutando talia defecisti* (in Psalm. LXIII) ¹.

329. *P.* ¿Y cómo se prueba la resurrección de Jesucristo por el *testimonio del universo*?

R. Desde los primeros años del Cristianismo, los hombres más sabios é ilustrados del género humano han profesado, reconocido y adorado la divinidad de Jesucristo: y desde aquellos primeros años el Evangelio se promulgó de un extremo á otro del mundo. (*Infra art.* 3. § 1). Ahora bien; un hombre crucificado, condenado al suplicio más infame, cargado con las maldiciones del pueblo, perseguido en su memoria y en sus discípulos por todo el odio, desprecio ó insultos de los Judíos y de los paganos, ¿hubiera sido reconocido é invocado como

¹ Véase la obra intitulada: *Los testigos de la resurrección de Jesucristo, examinados segun todas las reglas del foro*; traducida del inglés al francés por M. Lemoine. — *Los motivos de mi fe*, por M. de Vouglans, en 12, 1776. — *La Religión cristiana, demostrada por la resurrección de Jesucristo*, de Ditton.

Dios, si su Resurreccion, tan solemnemente predicha, no se hubiese hecho evidente, é innegable á los ojos de la incredulidad mas obstinada? Su moral tan pura y tan austera, ¿hubiera prevalecido contra la corrupcion general de costumbres, contra el imperio de las pasiones, contra la fuerza de los malos ejemplos, y todas las pretensiones del corazon humano? Unos dogmas tan sublimes, y tan dificiles de creerse, ¿habrian sido recibidos por todo el mundo, á pesar de los razonamientos de los filósofos, de la elocuencia de los oradores, del poder de los Príncipes de la tierra y del infierno, conjurados aunadamente en su daño, y contra ellos? Con razon podiamos hacer aquí sobre el milagro de la resurreccion de Jesucristo el mismo razonamiento que hacia San Agustin sobre los milagros en general, y decir, que él que no reconoce este primer milagro, debe confesar otro aun mas admirable é increíble; á saber, la conversion del mundo entero á Jesucristo, sin haberse verificado este milagro: *Mundum sine miraculo fuisse conversum*; porque en efecto, la Resurreccion de Jesucristo es el único medio que puede explicar una revolucion tan extraordinaria.

330. *P.* En efecto, el milagro de la Resurreccion de Jesucristo ¿es una prueba certísima, y convincente de la verdad de la Religion, que él ha predicado?

R. Lo es, é invencible: para dudar de ello, seria necesario decir que el Dios de la verdad y de la santidad habia concurrido á confirmar una mentira, resucitando un hombre que habia infatuado al pueblo con una doctrina arbitraria, y que por prueba de su mision habia apelado siempre á la Resurreccion despues de su muerte. Porque en efecto, Jesucristo al sanar á los enfermos, dando vista á los ciegos, lanzando los demonios, resucitando los muertos, no pretendia dar la última é irrefragable prueba de la verdad de su Evangelio; todo esto es cierto que lo probaba, y era á propósito para persuadirlo y convencer de ello; pero no era la prueba que el divino Legislador habia destinado para poner el sello y último término á los caracteres de su predicacion. « Esta generacion perversa é incrédula, decia él hablando de los judíos, pide milagros para adherirse á mí,

y seguirme: pero no se le dará, ni verá otro, que el de mi Resurreccion, figurada en la salida de Jonás del vientre de la ballena despues de tres dias¹. » Hé aquí al mismo Dios citado, y llamado como testigo, y cooperador de Jesucristo; y hé aquí todas las disputas y controversias acerca de la divinidad de su mision remitidas al tribunal de la verdad eterna, que, ó por la resurreccion de este hombre extraordinario, ó con su abandono en el sepulcro, debia decidir y sentenciar de su naturaleza, y sobre la autenticidad de las cosas que habia predicado, y de los atributos que se habia apropiado y aplicado. Por consiguiente, tan imposible como es que Dios apoye y apruebe el error, lo es tambien que hubiese resucitado á Jesucristo, si verdaderamente Jesucristo no era lo que decia ser, y su doctrina la doctrina del mismo Dios.

§ 6.

331. *P.* ¿Y despues del establecimiento del Cristianismo ha habido milagros ciertos, públicos, brillantes, ruidosos, capaces de confundir y convencer la incredulidad mas obstinada?

R. Sí, muchísimos, y contestados con todas las pruebas de que es susceptible, y pueden acreditar un acontecimiento. Tal es entre otros el temblor de tierra acompañado de llamas, que hizo abortar el impío proyecto de Juliano apóstata de reedificar el templo de Jerusalem, para falsificar, si le fuese posible, la profecía de Jesucristo: suceso testificado por Ammiano Marcelino, escritor gentil, oficial del ejército romano, panegirista y admirador de Juliano apóstata; hecho referido igualmente por un rabino hebreo, y por muchos Padres de la Iglesia, los cuales ponen por testigos á sus oyentes, que habian visto varias de sus circunstancias; y en fin, confesado por el mismo Juliano en una de sus cartas². — Tal

¹ Generatio mala et adultera signum querit, et signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus et tribus noctibus. *Math.* xii, 39, 40.

² Léase este suceso memorable en la *Historia del Bajo Imperio*.

lo es tambien la historia de aquellos católicos, á quienes el Rey de los Wándalos, Hunnerico, arriano obstinado, hizo cortar la lengua, y á pesar de eso, continuaron hablando toda su vida¹. Hecho atestiguado 4º por el Emperador Justiniano en el Código de sus leyes, donde dice: *Nos los hemos visto, y oido*: 2º por Victor Vitense, obispo en África: 3º por Eneas de Gaza, filósofo de aquellos tiempos: «Yo mismo, dice, los he visto con *mis mismos ojos, y les he oido hablar, y he quedado admirado al oír su voz tan perfectamente articulada. Buscaba el instrumento, ú órgano de la palabra, y no queriendo creer á mis oídos, quise convencerme por mis ojos; y haciéndoles para esto abrir la boca, vi que su lengua estaba enteramente arrancada de raíz.*» 4º En los mismos términos se expresa el historiador Procopio, despues de haberlos visto tam-

de M. Le Beau, l. XIII, n. 325. Parece que la Providencia habia querido reunir todas las circunstancias que podian dar á la verificación de sus oráculos toda la autenticidad y evidencia posibles. * Un nuevo cumplimiento de esta profecía en estos tiempos, ha venido á confirmarla igualmente; y Bonaparte destrozado en San Juan de Acre por el Bajá Djezar y un emigrado, á pesar de la superioridad de sus tropas y táctica, y del entusiasmo de los judíos de su ejército animados del deseo de restablecer á Jerusalem y su templo, dirá en alta voz á los filósofos, cuyo brazo era, que *non est consilium contra Dominum.*

1 Algunos incrédulos, no pudiendo negar el hecho, han querido explicarle; pero es fácil de conocer con que felicidad. Es cierto que la falta de la lengua no siempre impide la articulacion; pero 1º esta rara excepcion no es creible que se diese casualmente en toda aquella numerosa tropa de mártires. Si un hombre cae de lo alto de la torre de Amberes, ó Strasburgo sin matarse, podrá absolutamente suceder sin milagro; pero si esto sucede á un hombre piadoso perseguido por la causa de Dios, y especialmente si acaece lo mismo á treinta ó cuarenta personas precipitadas juntas por el mismo motivo, las cuales no se hacen daño alguno, nadie dudará que esto es milagro. 2º Los hombres sin lengua no hablan con la perfeccion que estos hombres han hablado; pues fué necesario el testimonio de los ojos para persuadirse que estaban sin lengua, y que se admirase, como dice Eneas de Gaza, *la perfecta articulacion de su voz.* 3º Dos de estos mártires habiéndose abandonado despues á un exceso escandaloso, dejaron de hablar; señal clara y evidente de que este privilegio no era obra de la naturaleza. Véase la *Religion cristiana probada por un hecho solo.* Paris, 1766.

bien. 5º El conde Marcelino habla de la misma manera, como testigo igualmente de vista. 6º Victor de Turones cita por testigos oculares de este hecho á toda la ciudad imperial. — Tal lo es la conservacion de aquella mujer falsamente acusada de adulterio, la cual confiando en Jesucristo, é invocando su santo nombre, no pudo ser decapitada. Toda la ciudad de Verceil fué espectadora de este prodigio, que aconteció en los dias de San Gerónimo el cual escribió el suceso (*epist. lib. 3. Epist. 7 ad Innocentium*). En todos los siglos de la Iglesia, desde el primero hasta el decimo octavo, se hallan milagros igualmente contestados.

332. P. Pero al menos ¿no es una cosa palpable que hoy son mas raros los milagros, que en los primeros dias del Cristianismo?

R. 1º Uno de los motivos que han podido inducir á Dios á hacer milagros, era el establecimiento del Cristianismo, al cual era preciso marcar con todos los caracteres de la Divinidad; y por lo mismo debia asegurar el buen éxito un poder sobrenatural, que cooperase á la predicacion de los Apóstoles. Una vez establecida esta Religion divina, decia el papa San Gregorio, eran menos necesarios los milagros¹. 2º La fe de los fieles es, por decirlo así, la regla y medida de los milagros que se hacen en el Cristianismo: esta fe se debilita, y en algun modo está casi apagada en muchas provincias; el estado de los cristianos viene á ser como el de los de Cafarnaum, entre los cuales el Salvador del mundo no obraba ningun milagro, porque el reino de la incredulidad parecia impedir allí su poder benéfico². 3º Se ven hoy obras mila-

1 Ut ad fidem cresceret multitudo credentium, miraculis fuerat nutrienda, quia et nos, cum arbusta plantamus, tandem eis aquam infundimus, quoadusque ea in terra jam coaluisse videamus; et si semel radicem fecerint, irrigatio cessabit. *Greg. Magn. hom. 29, in Evangelio.*

2 Non poterat ibi virtutem ullam facere, nisi paucos infirmos impositis manibus curavit, et mirabatur propter incredulitatem eorum. *Marc. vi.* Generatio mala et adultera signum querit, et signum non dabitur ei. *Math. xii.* En el mismo sentido decia el Salvador á sus Apóstoles, que habia ciertos animales, ante los cuales no debían exponerse mercaderias preciosas por temor de que no las conculcasen, é insultasen á sus poseedores. *Math. vii, 6.*

grosas, é importa poco que sean raras : un milagro solo bien contestado, basta para desvanecer y aniquilar todos los sistemas anticristianos¹.

§ 7.

333. *P.* ¿De dónde viene esa obstinacion de los incrédulos en negar todos los milagros, por mas pruebas con que se les autorice, y se les dé de ellos?

R. Lo acabamos de decir con palabras de Jesucristo; de su incredulidad misma (véase la nota anterior) : porque en fin, si un milagro solo hecho en favor del Cristianismo, es verdadero, todos los sistemas filosóficos se destruyen y desaparecen; y así no debe admirarnos la resistencia obstinada é insuperable que ponen en admiterlos. Lo que debe espantarnos, es la tranquilidad que afectan en un estado, que solo la duda de la realidad de un solo milagro, debe hacer sumamente cruel. De ahí vienen esas máximas en verdad singulares : *que todas las pruebas posibles que se dieran, no pueden persuadir un hecho sobrenatural á personas de juicio* (*Conseils raison. n. 11*) : *que un millon de testigos oculares no debe persuadir la resurreccion de un muerto* (*D. Pensées philos. n. 50 y sig.*). Es un procedimiento singular el de los incrédulos : piden testimonios ciertos é irrefragables para creer una cosa ; luego que se les presentan, ya no los quieren, y dicen que son inútiles. *Las razones son mas seguras que los ojos* (*ib. ibid.*) nos dicen : y en efecto, podemos juzgar de ellos sin duda por la uniformidad, y solidez que vemos en sus opiniones, y por las bellas cosas que se nos cuentan de su infalibilidad. El mismo hombre que así nos habla, nos dice en otra parte que los juicios dependen absolutamente de los órganos, y de las disposiciones actuales en que nos hallamos. Montaigne no hacia caso alguno de los juicios del día anterior, porque se reformaban, decia, en el siguiente ; ni de los de la tarde, porque se reformaban á la mañana. El autor del *Sistema de la naturaleza* aun está mas terminante. Bayle

¹ Véase la Historia Eclesiástica de los últimos siglos, y las Bulas de canonización, dadas por Benedicto XIV, Clemente XIII y Clemente XIV, etc.

asegura, que la razon no es mas que una veleta, que se mueve á todos vientos; y este mismo crítico extendia esta idea hasta las demostraciones geométricas¹. Voltaire duda un tanto del axioma : *que dos y dos son cuatro* : á lo menos, así se lo dijo un día á Clarke. De manera que con los incrédulos, una vez por uno, otra vez por otro, ni valen hechos, ni razones. Lamentable cosa en verdad es tener que disputar con personas de este carácter ; aunque ellos ciertamente son dignos de lástima.

ARTICULO II.

Profecias.

§ 1.

334. *P.* Á qué se reducen las mas célebres é importantes *Profecias* del antiguo Testamento?

R. A tres artículos : á saber ; la *Reprobacion de los Judios; el Establecimiento del Cristianismo; y á la vida, acciones, y pasion de Jesucristo.*

335. *P.* ¿Es tan cierta la existencia de estas profecias, como es incontestable su cumplimiento?

R. Los enemigos mas encarnizados del Cristianismo no se han atrevido á dudarla. Porfirio, que llamaba supuestas las profecias de Daniel, sin otra prueba que la claridad y evidencia con que correspondian á los sucesos, no se atrevió á decir lo mismo de las demás. En efecto, ¿hay ni aun verosimilitud de que los Judios se

¹ Véase la *Biblioteca antigua y moderna* de M: Le Clerc, t. 8º. Son dignas de leerse sobre esta continua contradiccion é insubsistencia de los filósofos incrédulos las *Helvianas*, donde prácticamente se ve que ellos cada dia tenian distintas opiniones, y con la misma facilidad mudan de sentir en las materias mas graves que de casaca : una opinion á la mañana, otra á la tarde ; una al levantarse, y otra al ir á dormir, es su distintivo. El *Catecismo* con que termina esta obra, en el cual á una misma pregunta se responde por unos mismos filósofos una vez *si*, y otra vez *no*; demuestra palpablemente su perpetua contradiccion ; y como la verdad siempre es una, y *verum esse non potest quod variat*, podemos con toda razon inferir, que para los filósofos la verdad se ha vuelto á esconder en el pozo de Demócrito.